

Lima, capital de la Patria Nueva: el doble Centenario de la Independencia en el Perú*

Elio Martuccelli Casanova

Cien años antes: la guerra

Por haber sido centro del poder colonial en Sudamérica durante tres siglos, el proceso emancipador en el Perú fue, también, más largo y complejo. Es más, los privilegios que había gozado Lima durante tanto tiempo hacían dudar a muchos de las “ventajas” de convertirse en república. Los limeños mantenían frente al proceso emancipador una posición ambigua, por decir lo menos. Lo cierto es que había ya empezado la década del veinte del siglo XIX y las otras naciones americanas necesitaban eliminar el poder español del continente, concentrado aún en el Perú.

En algunos lugares del país se habían realizado declaraciones de independencia desde 1820. Pero eran actos aislados, más bien simbólicos, y el proceso emancipador recién empezaba. A la corriente libertadora del sur, encabezada por San Martín, se uniría la de Bolívar desde el norte.

Iba llegando a su fin la Colonia. El Virrey Joaquín de la Pezuela es depuesto por José de La Serna en enero de 1821, en un hecho insólito. La Serna sería el último virrey del Perú.

El proceso de cuatro años tendría momentos decisivos. Primero la Independencia proclamada por José de San Martín en Lima el 28 de Julio de 1821. Luego, La Serna trataría de reacomodar sus fuerzas en la Sierra Central, hacia donde partió. En los meses siguientes, San Martín y Bolívar negociarían el papel que cada uno tendría en el Perú y en la guerra de liberación, aún inconclusa. Años después se dan las batallas de Junín y Aya-

cucho en 1824, que fueron determinantes para consolidar una nueva situación en el continente. La primera, del 6 de agosto, tuvo la presencia de Simón Bolívar. La segunda, librada en la Pampa de Quinua el 9 de diciembre de 1824, fue contundente. Antonio José de Sucre comandó las fuerzas a favor de la emancipación. Sucre y La Serna firmaron la Capitulación de Ayacucho. A partir de este momento, con el retiro de las tropas españolas del territorio sudamericano, comienza la consolidación de las incipientes naciones americanas. No pocos oficiales que combatieron en las batallas de independencia terminaron siendo presidentes del Perú, en los turbulentos primeros años de vida republicana.

Cien años después: la fiesta

El proceso tardío que se dio en la emancipación del Perú, hizo que las ceremonias del Centenario de la Independencia se realizaran después de las de muchos otros países latinoamericanos. Las fiestas del Centenario en el Perú tuvieron lugar cuando ya varios países habían celebrado las suyas. En ese sentido, el Perú competía frente a lo que las otras naciones habían logrado años antes, cada una en su momento.

Era la oportunidad política para quebrar esa imagen de crisis, heredada desde la Guerra del Pacífico, de un país pobre y deprimido. Se esperaban invitados de las “potencias más importantes del mundo” y se deseaba enseñar una ciudad desarrollada y una nación próspera. En realidad, se hubieran querido mostrar proyectos

* Todas las figuras son propiedad del autor.



urbanos y arquitectónicos como los realizados en Buenos Aires y Santiago, pero no era ese el caso de Lima.

Las características de lo ocurrido cien años atrás hacían que los festejos fueran, además, dobles. Tener dos aniversarios sirvió para rendir prudentes homenajes por separado, haciendo énfasis primero en San Martín y luego en Bolívar.

Como muchos obsequios no estuvieron listos en su momento o tampoco lograba el gobierno completar las inauguraciones que deseaba, éstas fueron prolongándose durante casi una década, es decir, a lo largo de los años veinte. Lo más importante en todo este tiempo fue la transformación que se vivió en Lima, con el pretexto y el impulso de las fiestas, como parte de un proyecto modernizador de la capital.

La Patria Nueva

En 1919 llega por segunda vez al poder Augusto B. Leguía. Nacido en Lambayeque en 1863, era un personaje que pertenecía a la clase media emergente y profesional. Se educó en Chile, se convirtió en un exportador de azúcar y cueros, y trabajó en Estados Unidos. Era un hombre de negocios y un funcionario con cierto éxito. Había ya sido presidente del Perú y representaba la prosperidad, el cosmopolitismo, la modernidad. Por lo menos este período no sería igual al de los aristócratas civilistas que lo precedieron, con quienes ya había compartido el gobierno. Él venía ahora trayendo algo nuevo: algo que no era radical, en absoluto, pero distinto a lo anterior y con promesas de reformas.

En los once años del gobierno de Leguía, la sociedad y la ciudad se modernizan. Sin otros partidos políticos que representasen alternativas reales, las grandes familias encarnadas en el civilismo habían constituido hasta ese momento una oligarquía que era dueña del poder tanto político como económico. La “República Aristocrática” –término de Jorge Basadre– venía de fines del siglo XIX y se había extendido durante las dos primeras décadas del XX (Burga y Flores Galindo, 1982).

A Leguía le tocó capitalizar una corriente que quería alejarse de todo lo que implicaba una sociedad “tradicional” en manos del poder aristocrático. Lo suyo fue una mezcla de capitalismo de Estado y liberalismo. Su gobierno se envolvió de una estética progresista, de gestos fascinados

por la tecnología. Pero no dejaba de tener rasgos profundamente oligárquicos. Esa era la esencia contradictoria de la “Patria Nueva” que, en sus múltiples características, dejaba entrever también cierta apertura en cuanto al tema de las mayorías andinas en un país como el Perú, debido al ingreso de los sectores populares en la vida política del país, a través de partidos de izquierda. Y en medio de la creciente influencia norteamericana, en las declaraciones se defendían los elementos hispanistas de la nación: la lengua, la religión, la historia. En suma, el discurso nacionalista de Leguía podía componerse de elementos muy variados.

Cada vez más, el gobierno fue convirtiéndose en un régimen autoritario y represor. Controló debidamente las nuevas tendencias políticas o, en otros casos, se mostró abiertamente encarnizado con los enemigos. El Centenario de la liberación, para los opositores, no se festejaba exactamente en un ambiente de libertad.

El leguismo significó la incorporación de clases medias a la vida pública, dejando en pie la vieja aristocracia. Es decir, algunos cambios se produjeron en lo político, pero no en lo económico. Se dan las bases de un primer ensayo de modernización del país, con inversiones y capitales norteamericanos, aun cuando Leguía no transforme verdaderamente la estructura del poder económico en el país. Incipiente industrialización que no logra el desplazamiento total de la aristocracia terrateniente. Aun así, lo cierto es que haciendo comparaciones con las décadas anteriores, el panorama social y político del país logra ampliarse y cambiar parcialmente.

Una capital nueva para una Patria Nueva

El cambio radical se dará en la capital. En adelante Lima crecerá a través de ejes recién abiertos. Las urbanizadoras ensancharon una ciudad hasta ese momento compuesta de un centro, un puerto y algunos balnearios al sur.

Gran parte de la actual estructura urbana de Lima surgió entre 1919 y 1930 o ha proveniendo del impulso entonces iniciado. En 1920 y aun en los años inmediatamente posteriores, la ciudad terminaba por el lado sur en las calles transversales del Paseo Colón; el único servicio de transportes a Barranco, Chorrillos, Miraflores y La Punta era el que se efectuaba mediante el tranvía; no se anunciaba que

podieran nacer los núcleos urbanos de San Isidro, Chacra Colorada, Jesús María, Lobatón, Balconcillo, Breña y Lince; no había sido hecha la Plaza San Martín. Se vivía con lentitud, formalismo y mesura. En sus modas, en su educación, en su trato, las mujeres no vivían lejos del ambiente y de la psicología de sus madres y de sus abuelas (Basadre, 2005, p. 176).

Comparativamente con otras ciudades del continente, Lima había perdido a lo largo del siglo XIX la relativa superioridad que podía haber tenido entre el XVII y el XVIII. A inicios del XX era una ciudad que carecía de agua y desagüe, sin calles pavimentadas, mal iluminada, con un transporte público deficiente. Así, tan sucia, no era moderna. Se realizó una serie de obras para hacer que la ciudad tuviera más orden e higiene, lo que incluía también un cambio en los materiales de construcción. Las comunicaciones, en general, tuvieron gran impulso en esta época: se iniciaron transmisiones radiales locales, un nuevo sistema de correos y telégrafos, carreteras y líneas férreas.

El gobierno de Leguía no sólo transformó el juego de las relaciones económicas internacionales y el sistema nacional de partidos políticos: cambió, y mucho, la capital. La inauguración de nuevas avenidas era parte de un plan urbano de desarrollo, en el que había intereses de las urbanizadoras: empresas de especulación de terrenos rústicos. El negocio inmobiliario fue muy fuerte, con lotes que se vendían y casas que se construían; las clases acomodadas buscaron nuevos lugares donde vivir. Lima creció, como nunca lo había hecho hasta ese momento, en población y extensión.¹

El Oncenio, además, generó en ciertos sectores sociales el deseo del chalet como una determinada forma de vida. Podría decirse que a partir de ese momento la “conciencia del chalet” se impregnó en la ciudad durante mucho tiempo, imponiéndose la baja densidad y el deseo de habitar viviendas unifamiliares antes que edificios de departamentos. Eso, de alguna manera, terminó generando durante décadas una ciudad de poca altura y tan extendida como Lima.

En medio de todos estos impulsos “desarrollistas” habría que agregar, para que el panorama sea completo, que muchos limeños seguían habitando en viviendas populares, ya fueran antiguas casas subdivididas o callejones construidos de modo insalubre. A estas formas de tugurización

se suma, durante esta década, el proceso de invasiones, un fenómeno marginal y nuevo que luego se extendió, resultando determinante en el crecimiento de la ciudad.

Los grandes cambios urbanos en Lima

En 1921 se inaugura la Avenida Leguía, que luego se llamó Avenida Arequipa, para unir el centro de Lima con los balnearios del sur. El trazo sería de Augusto Benavides y dio pie a numerosas urbanizaciones, ayudando a unificar y rellenar la ciudad hacia el sur.² Este es apenas un ejemplo de los tantos que se dieron en la época: planes urbanos del gobierno y acuerdos por urbanizar terrenos agrícolas, con grandes beneficios para los dueños de tierra.

Con esta avenida se pensó oxigenar la ciudad, construyendo una gran berma verde sembrada de árboles. Se tuvo el criterio de colocar especies distintas cada cierto tramo: uno de los más recordados, y con mayor presencia, es el de las cuerdas de esbeltas palmeras reales. En la Avenida Leguía se multiplicaron las casas suburbanas, construidas a manera de villas abiertas, de un pintoresquismo muy variado.

En la zona de El Olivar de San Isidro se ensayó un urbanismo de trazo libre, con lotes dispersos en medio de áreas verdes: una manera novedosa de plantear una urbanización, llena de luz, aire y “distinción”.

Otra avenida de gran trascendencia fue la que se hizo para unir El Callao y Lima. En febrero de 1926 se termina el trayecto que llega a La Punta de la Avenida Progreso, hoy Avenida Venezuela. Sirvió para que las zonas de Chacra Ríos, Bellavista y La Perla se desarrollaran. Una

¹ Según los censos de dichos años, Lima tenía 223.807 habitantes en 1920, aunque algunas estadísticas apuntan menos. En 1931, había aumentado su población a 373.500 habitantes. En 1920 tenía 1.426 hectáreas –304 áreas libres–; en 1930, 3 mil hectáreas –500 áreas libres–. Ver entre otros análisis de la época, Alexander (1927, p. 3-5).

² Roberto Riso, propietario con su hermano Manuel Riso de la Hacienda Lobatón, permitió el paso de la Avenida Leguía por el medio de sus tierras, uniendo Lima y Miraflores en línea recta. La decisión de permitirlo no ocultaba el interés de ellos por aumentar el valor de sus terrenos con una vía de circulación tan importante. La urbanización y la venta de lotes en toda esta zona no se hizo esperar. Esto mismo ocurrió en otros puntos de la ciudad.

Figura 1:
*Avenida Arequipa
(antes Avenida Leguía).
Cuadra 5.*





Figura 2:
Parque de la Reserva.
Vista general.

Figura 3:
Parque de la Reserva.
Vista de la pérgola.

parte había sido inaugurada en 1924. Iniciada delante del Colegio Guadalupe, avanzaba hasta el Fundo Aguilar, donde se dividía. Un ramal iba a Bellavista y el otro iba propiamente a El Callao. Complementaria a esta avenida se construiría la Avenida Unión, actual Avenida Argentina.

El 18 de febrero de 1928 se inaugura la Avenida Alfonso Ugarte, uniendo la plaza Dos de Mayo y la Plaza Bolognesi. Esta vía fue transformada, dando lugar a un gran paseo con bancas, columnas ornamentales, servicios y moderna iluminación eléctrica. La nueva avenida, amplia y generosa, quería ser aliciente para la construcción de residencias y estar entre las mejores del continente.

A su vez, se pavimentaron la Avenida Grau y la Avenida Brasil. Se planteó lo que sería la Plaza Jorge Chávez. Se configuró, en lo que era un arrabal, la Plaza Dos de Mayo, que va cobrando importancia a raíz del trazado de la Plaza San

Martín y de la continuación de La Colmena. Se inaugura también la Avenida 28 de Julio. Se dio, además, realce a la Plaza del Congreso.

En el Rímac se inauguró la Avenida del Carácter y se pavimentó la Avenida Francisco Pizarro. El Malecón Leguía, al otro lado del Puente de Piedra, era una notable intervención urbana, frente al río Rímac, con bancas y jardines. En 1924, se inaugura en el distrito de Barranco otro Malecón Leguía, frente al mar. Pero no sólo eso. Se emprendieron obras como la Avenida Costanera y la avenida a Chosica.

Al trazado de nuevas calles e importantes avenidas se suma la creación de grandes espacios abiertos: nuevas plazas y parques.

El Parque Universitario se trazó al ampliarse la Avenida La Colmena –Avenida Piérola–, un punto por el que cruzaban varias líneas de ferrocarril. Le debe su nombre al estar al lado de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que extendió su fachada a todo lo largo del parque.

El Parque de la Reserva es un ejemplo del nuevo paisajismo ensayado en Santa Beatriz, con 16 hectáreas de áreas verdes. El diseño corresponde básicamente a Claude Sahun y Alberto Jochamowitz. La composición del conjunto está presidida por una gran pérgola. Es un ejemplo de paisajismo con rasgos “indigenistas”, el lugar donde se intentó, por primera vez, el cambio de figuras griegas por maceteros autóctonos, incluyendo una escultura-fuente de directa inspiración en la cerámica precolombina, obra de Daniel Vásquez Paz, y la “Casa del Inca”, un pequeño edificio, obra de José Sabogal. El conjunto marca una cierta presencia urbana del indigenismo en la capital. El Oncenio de Leguía servía de reflejo a muchas manifestaciones, un momento en el que las fisuras eran posibles y en que podían darse ejemplos interesantes, en esta dirección, en monumentos y mobiliario urbano de la capital.

La gran Plaza de la República, con un Palacio de Justicia de mayor envergadura que el existente, quedó como proyecto inconcluso del Oncenio. Lo que sí fue una realidad, aun cuando demoró varios años, fue la Plaza San Martín. Es el ejemplo que mejor representa las intenciones del leguísimo. Fue el espacio urbano de la nueva República, marcando diferencias con la Plaza de Armas.

Lo que Leguía estaba haciendo era romper el centralismo de la ciudad y buscar que la población se desplazara a nuevas zonas que en ese momento eran interurbanas. Entre el centro,

El Callao y los balnearios del sur, Lima estaba ocupada por pequeñas o grandes haciendas y terrenos baldíos.

La urbanización de Santa Beatriz es la zona que representa bien el ánimo de esta nueva Lima. Espacios verdes, holgadas residencias de estilos variados: una urbanización que quería ser modelo. Allí se ubicaba el Hipódromo de Santa Beatriz, uno de los lugares predilectos del presidente Leguía. También el Lawn Tennis. Más allá, el estadio de los ingleses y el canódromo.

Se pavimentaron con concreto asfáltico las calles antiguas y las nuevas se hicieron anchas: la ciudad se preparaba para recibir automóviles. El gobierno central apoyaba al gobierno municipal en la realización de estas obras. En los hechos, Leguía se convertía en uno de los más importantes alcaldes de Lima.³

La arquitectura en Lima

La arquitectura de esta década en Lima refleja un panorama heterogéneo. Perduraban aún tendencias academicistas y eclécticas de las décadas anteriores.

Las nuevas urbanizaciones sirvieron de base a los más variados ensayos arquitectónicos, remitiendo en algunos casos a imágenes exóticas. Los chalets, con retiros y jardines, fueron variando la imagen más compacta de lo que había sido Lima durante la Colonia y parte de la República.

Paralelamente, la “restauración nacionalista” evidenció búsquedas que tenían que ver con nuestro pasado. Se trataba de una corriente que se extendía en América Latina, con esfuerzos por sacudirse de códigos provenientes de Europa, e intentar algo nuevo en el continente, remitiéndose al propio pasado (Gutiérrez, 1979, p. 549).

En el caso peruano, el “neocolonial” fue, evidentemente, el estilo que mejor representó esta inquietud, el que mejor fue aceptado por el poder y las clases dominantes, y el que más desarrollo consiguió. Incluso, derrocado Leguía, en la década del treinta y principios del cuarenta, la oligarquía experimenta un proceso de restauración, durante los gobiernos de Benavides y Prado, que la inclinan considerablemente hacia el neocolonial como estilo que mejor los representa (Rodríguez Cobos, 1983, p. 38).

Pero, en arquitectura, los años veinte se expresaron de una manera muy variada. Se arrastraba cierto clasicismo y cierto romanticismo del

siglo XIX, con búsquedas “nacionalistas” como el neocolonial. Y, aunque fueran aislados, también lograron hacerse algunos ejemplos, muy pocos pero muy importantes, de arquitectura indigenista y neoperuana.

Todo eso explica por qué el régimen de Leguía fue el régimen donde la estética pintoresquista tuvo un desarrollo sin parangón, al lado de la especulación urbana más desenfrenada que la historia de Lima registre. Por eso es que en su régimen –como en la ciudad– convivieron al mismo tiempo el palacete “estilo Tudor” con la casa económica *art deco* y el chalet “neocolonial” o “neoinca”. El pintoresquismo devino una forma elocuente de cosmopolitismo conservador acrítico (Ludeña, 2002, p. 56).

1921: Lima es una fiesta

El 3 de julio de 1921, un gran incendio afectó el Palacio de Gobierno. El fuego atacó, sobre todo, el primer piso donde iban a darse las celebraciones del Centenario.

A cien años de la independencia, las repúblicas hispanoamericanas habían organizado cada una enormes ceremonias. Al Perú le tocaba la suya, pero las condiciones no eran las mejores en Lima.

Por eso algunos aconsejaron esperar el Centenario de la batalla de Ayacucho en 1924 para festejar, pero Leguía se negó. La fiesta, como fuera y hasta donde se podía, iba a celebrarse. Y en eso llegó el incendio del Palacio.

3 Pedro Mujica y Carassa fue Alcalde del Concejo Provincial de Lima durante los años de 1920 y 1921. Lo sucede Pedro José Rada y Gamio. Desde diciembre de 1922 hasta mayo de 1924, el teniente alcalde Andrés F. Dasso preside las sesiones del Concejo, momento en que regresa el Alcalde Rada y Gamio. Se había desempeñado como Ministro de Gobierno y Policía. Andrés F. Dasso es nombrado Alcalde del Concejo Provincial de Lima, cargo que desempeña desde julio de 1925 hasta 1929. Germán Leguía y Martínez era el Presidente del Consejo de Ministros en las fiestas del Centenario de 1921. Alberto Salomón fue Ministro de Relaciones Exteriores de 1920 a 1925. En 1921 y 1924 le correspondió desempeñar las labores protocolares de ambas fiestas.

Figura 4:
Plaza San Martín. Vista general.



4 El Palacio de Gobierno era un edificio cuya forma venía del gobierno de Piérola, de fines del siglo XIX. Había el deseo de tener uno nuevo y de mayor prestancia. Entre 1921 y 1924, Piqueras Cotoquí emprende en él algunas obras, a las que hacemos referencia en el texto. Lo que sería el nuevo Palacio de Gobierno fue empezado a diseñar por Claude Sahut, por encargo de Leguía, en 1926. Queda del arquitecto francés el plan original y la fachada lateral, hacia el Correo, con una portada cuidadosamente trabajada (*Ciudad y Campo*, 1926, 1927, 1929). Una vez derrocado Leguía en 1930, las obras se paralizaron en 1932, pues estaba ocupado Sánchez Cerro en combatir la violencia desatada aquel año. El diseño del Palacio fue dado por encargo del General Oscar R. Benavides al arquitecto polaco Malachowski. Se reiniciaron los trabajos en 1937, con la demolición de la parte antigua. El estilo es el que hasta hoy podemos ver: un edificio con aire académico francés. El actual Palacio de Gobierno fue terminado en 1938 (Martín Pastor, 1938, p. 289-290).

La reconstrucción fue encargada al ingeniero Enrique Mogrovejo, para un plazo de veinte días. Hasta el día de la fiesta nacional, fueron tres semanas y media de intensa labor. Leguía determinó el lugar del edificio que debía ser restaurado para recibir a las embajadas y empezaron las obras. El 28 de julio todo estuvo listo. En pocos días se improvisó una fachada hacia la Calle Palacio y un gran salón de recepciones allí en el patio alto.⁴

En el nuevo decorado del edificio trabajó Manuel Piqueras Cotoquí, quien mezcló en este espacio elementos distintos. Se sumaron Daniel Hernández, José Sabogal y Vinatea Reinoso, todos miembros de la Escuela Nacional de Bellas Artes, ENBA, quienes en menos de tres semanas pintaron murales y grandes lienzos.

La ENBA había sido fundada en el gobierno anterior por José Pardo. Pero Leguía hizo suyo el proyecto y en su propósito de mostrar los avances del país estaba también el deseo de construir un “arte nacional”.

Por eso la experiencia del salón presidencial, construido para las celebraciones del año 21, queda como el testimonio de un momento intenso en la vida del país. Siquiera por un instante, en las entrañas del poder, se aprovechó el momento preciso para construir un salón de rasgos “peruanistas”. Parte del indigenismo entró al mismo Palacio de Gobierno en la temprana fecha del Centenario, aprovechando la coyuntura de un incendio. Todavía faltaban muchos años para oficializarse como corriente vencedora en la Escuela

Nacional de Bellas Artes. El indigenismo artístico tocó un instante el poder político de Leguía. Lo hizo en el acto apresurado de un decorado efímero en medio de un siniestro inesperado.

Entre los muchos invitados extranjeros, de países europeos y latinoamericanos, la presencia de Argentina era especial. No hubo delegados de Chile, país con el que todavía no se llegaba a un acuerdo sobre Tacna y Arica. Tampoco vinieron delegados de Venezuela, fruto de un malentendido al sentir que no se tributarían homenajes debidos a Bolívar, por estar dedicada la fiesta a la proclamación de 1821.

La Plaza San Martín

En términos urbanos, el Primer Centenario dejó dos huellas decisivas en la ciudad. Entre las muchas avenidas y plazas, habría que mencionar el trazo de la Avenida Leguía –Avenida Arequipa–, seis kilómetros fundamentales para que una nueva Lima se desarrollara. Luego, sin dudas, la Plaza San Martín.

La Patria Nueva de Leguía necesitaba una “plaza nueva”. Que expresara las inquietudes del régimen y recordara la nueva Lima que se estaba fundando. La Plaza San Martín compite con la Plaza de Armas en escala y presencia de sus edificios. Tomando distancias del poder político y religioso, quiere constituirse en el espacio representativo del poder económico, el espacio de los negocios, el comercio y la diversión. Teatros, cines, hotel, bares, tiendas, compañías de seguros



Figura 5:
Plaza San Martín.
Monumento a San
Martín. Mariano
Benlliure. 1921.



Figura 6:
Monumento a San
Martín. Detalle de la
escultura.



Figura 7:
Parque Universitario.
Vista general.

y oficinas se daban cita en la Plaza San Martín. Es así como, durante muchos años, iría conformándose uno de los espacios más logrados, en términos compositivos, de la ciudad.

En 1921 era poco lo que existía. La plaza comenzaba recién a esbozar su perfil sobre la vieja plaza San Juan de Dios, la plazuela del Micheo e incorporándose la plaza Zela. Existían todavía el Convento de la Encarnación y la estación de ferrocarril. Las construcciones que rodeaban la plaza seguían siendo bajas. Lo cierto es que para hacer realidad esta plaza se emprendió una serie de grandes y dolorosas demoliciones.

El trazo de la plaza, en esta oportunidad, correspondió a Manuel Piqueras Cotoí. Los desniveles fueron aprovechados en su diseño, convirtiéndose en gradas.

Era necesaria una escultura de José de San Martín y el encargo fue hecho al escultor español Mariano Benlliure y Gil, después de una larga selección iniciada en 1906. A esta obra el escultor le dedicó más de diez años. Debía ser un monumento con la misma importancia que el de Bolívar, una escultura a caballo que había sido inaugurada en 1859.⁵

Benlliure terminó a tiempo el encargo. El resto de la plaza quedó inconcluso. Para eso se colocaron construcciones efímeras, como grandes escenografías que hicieran posible el acontecimiento y pudiera tener lugar la celebración. En la inauguración de la Plaza San Martín, el día 27 de julio de dicho año se optó por ubicar una fachada de cartón delante de las construcciones inacabadas y obeliscos también de cartón. Los obeliscos

de la plaza sostenían luces por sus cuatro lados y lograban, por más apresurado que haya sido, un gran efecto en todo el espacio.

Ese día, al mediodía, empezaron las festividades del Centenario con la inauguración de la Plaza San Martín y del monumento.⁶ La escultura mostraba al general argentino sobre su caballo, cabalgando despacio, atravesando los Andes de Argentina a Chile en su camino al Perú, momento decisivo y difícil de la expedición libertadora. Para hacerla realidad, Benlliure envió al joven escultor José Domingo para que dirigiera la construcción del pedestal y la colocación de la estatua. El monumento descansaba sobre un bloque sólido que representaba el pico de una cumbre nevada. Domingo se quedó varios meses del año 21 en Lima, tiempo que aprovechó para realizar otros trabajos.

La obra fue criticada en su momento por algunos como monótona y planimétrica, más pictórica que escultórica. Lo cierto es que Benlliure evitó el gesto grandilocuente y logró que toda la composición tuviera el movimiento justo: el hombre y el animal en actitud serena. La magnífica pieza logra transmitir la idea de un San Martín tranquilo y a la vez decidido.⁷

Las luces de la Plaza San Martín se extendieron a la Plaza de Armas y al Paseo Colón: era una noche luminosa. Luces de diferentes colores para los edificios principales. En la Plaza Mayor todos los edificios estaban iluminados e incluso la pileta estuvo rodeada de pequeños focos eléctricos. Las luces llegaron hasta el Ministerio de Fomento y el local del Senado. El ambiente festivo era total, con

5 La escultura de Bolívar, en la Plaza del Congreso, antigua Plaza de la Inquisición, fue encargada en 1853. Es obra del italiano Adamo Tadolini, de 1858, e inaugurada un año después en el gobierno de Ramón Castilla. Bolívar, sobre el caballo encabritado, saluda con el sombrero en la mano. Tiene placas de mármol a ambos lados, relativas a las batallas de Junín y Ayacucho. En las fiestas del Centenario, en los años de 1923 y 1924, se agregaron en el pedestal placas conmemorativas de bronce.

El primer monumento a San Martín se ubicó en El Callao, en la Plaza de la Iglesia Mayor en 1901, y luego fue trasladado a la Avenida Buenos Aires, obra del escultor italiano Agustín Marazani. Lima deseaba también tener una escultura del libertador argentino y, al no encontrar un lugar adecuado en el centro de la ciudad, se optó por un lugar un tanto alejado. Fue donada por el coronel argentino Lorenzo Pérez Roca en 1906 y estuvo por algunos años en el Parque de la Exposición, Paseo Colón, muy cerca de la vieja estación del tranvía a Chorrillos y de la entrada al famoso Restaurant Zoológico. Obra del escultor italiano Piero Nicole, es una escultura de San Martín de pie, con la bandera peruana en la mano, integrado a un obelisco, con el Ángel de la Guarda en la punta. El alcalde de Barranco, Enrique de las Casas, logra trasladar el monumento al Paseo Saenz Peña, cruce Avenida San Martín, en 1924, desapareciendo el ángel. Se hacía evidente que Lima quería, para el Centenario, una tercera escultura del libertador argentino, más grande e importante.

Figura 8:
Museo de Arte Italiano.
Parque Neptuno.
Vista frontal. Gaetano
Moretti. 1923.



6 La delegación argentina, que tuvo principal presencia en estas fiestas, estuvo encabezada por Monseñor Luis Duprat y el General Carlos J. Martínez. El acto central en la Plaza San Martín estuvo antecedido del desfile de marinos de Francia y Argentina. Luego llegaron las delegaciones. Estaba el embajador del rey Alfonso XIII y el general Charles Mangin, héroe de Verdún. También el Mariscal Cáceres. Leguía pronunció un discurso y se descorrieron los velos que cubrían la estatua del General San Martín. Un impasse fue resuelto por un voluntario que subió a desenredar lo que se había atracado. Todas las actuaciones oficiales, hasta la inauguración de la Plaza San Martín, están registradas en *Mundial. Revista Semanal Ilustrada* (1921a).

7 En la parte posterior del monumento se ubican dos figuras militares abrazadas, una peruana y la otra argentina, como parte de una misma lucha emancipadora. Tiene relieves de bronce a cada lado y en el frente una figura femenina, simbolizando la libertad, que corona su cabeza con una "llama". El extraño detalle, pareciera fruto de una confusión: la misma palabra hace referencia al fuego y a una especie de auquénidos. Ha quedado como una de las anécdotas limeñas más comentadas.

8 Se trataba de una casahuerta virreinal, adquirida en 1818 por el Virrey Pezuela. Confiscada por el Estado, fue habitada por San Martín, entre 1821 y 1822, y por Bolívar, entre 1823 y 1826. Por ello, el llamado Palacio de La Magdalena se conoce también como Quinta de los Libertadores. Los descendientes de Pezuela recuperaron la propiedad y luego la vendieron.

espectáculos de fuegos artificiales a medida que se acercaba la medianoche.

El 28 de julio empezaron las actividades con el tedéum en la Catedral y luego en Palacio se ofreció una recepción. Hubo carreras, retretas, funciones de cine, bailes. Los fuegos artificiales volvieron a iluminar la noche del 28.

El 29 de julio se inauguró la Exposición Industrial del Centenario en la Plaza San Martín, en el llamado Palacio de Cartón. Desde 1920 existía el encargo del gobierno de construir un proyecto para este fin. Sobre el edificio del Teatro Nacional se hizo un trabajo "escenográfico" interior y exterior, para lograr en 1921 lo que se llamó el Palacio de Cartón. Un edificio compacto, abierto con vanos en dos niveles, con grandes arcos de ingreso y coronado de esferas. Un lugar en el que se debían recibir delegaciones diplomáticas y exhibirse productos eléctricos y maquinaria. Este palacio se convirtió durante casi dos años en el Cinema-Teatro Mundial, hasta que fue demolido para construir el Hotel Bolívar.

En el barrio de La Magdalena existía un edificio de gran valor histórico para las fiestas del Centenario: la casa en la que habían vivido, sucesivamente, el Virrey Pezuela, San Martín y Bolívar.⁸ El primero de agosto de 1921 se inauguró un pequeño Museo de la Independencia, o Museo Bolivariano, ocupando habitaciones de la casona.

Durante días los agasajos incluyeron regatas, funciones teatrales, desfiles, carreras de caballo. Se trajeron juegos que la publicidad

presentaba como "los de Coney Island de Nueva York", y se ubicaron en el Parque de la Exposición, cerca al Restaurant Zoológico. "Distracciones norteamericanas" que se inauguraron con el nombre de "Lima Park". Lo protocolar no era excluyente de actividades un tanto más divertidas. Mucho público visitaba la Exposición Industrial. También hubo "fiestas obreras" a las que acudían invitados, por ejemplo, los ganaderos y marinos argentinos. Distintos sectores sociales podían compartir ciertos momentos durante las celebraciones, pero muchas fiestas eran celebradas con restricciones. En una sociedad que no era igualitaria, estas fiestas podían tener instantes de convivencia y exaltación democrática, pero todos, rápidamente, volvían a sus respectivos espacios sociales.

Las celebraciones terminaron en los primeros días de agosto con un gran desfile militar en Santa Beatriz.

Los regalos de las colonias entre ambos centenarios

Las fiestas, los desfiles, los discursos duran lo que demora su realización. Quedaron para la ciudad los regalos de las distintas colonias extranjeras que habitaban en Lima, obsequios que fueron completándose en los siguientes cinco años. Se ubicaron, en la mayoría de casos, no en el centro propiamente dicho, sino en las zonas de expansión de la ciudad identificadas con los cambios de Leguía, el sector "moderno" alrededor de Santa Beatriz. Algunos regalos eran construcciones de

escala mediana; la otra mitad de los obsequios agregó a Lima lo que era importante en una gran capital del mundo: arte escultórico en las calles.

Los regalos fueron recibidos en muchos casos de manera simbólica, como el arco español, la torre alemana y el estadio inglés.

La colonia española construyó en 1921 un Arco Morisco para señalar el ingreso a Lima por el sur, es decir, por la Avenida Leguía, esquina con la Avenida 28 de Julio, esta última vía recientemente inaugurada. Ubicado en el inicio de la Avenida Wilson, era un enorme arco de herradura, con aplicaciones de color y dos torrecillas a cada lado, que fue demolido en 1930.

En el recién construido Parque Universitario, la colonia alemana entregó una torre con un reloj que funcionaba con exactitud. Se empezó a construir en 1921 y se inauguró en 1923. Las llaves de la Torre-Reloj fueron entregadas por la colonia alemana al municipio el 20 de julio de 1923. La tremenda crisis que se vivía en la República de Weimar, con un enorme desempleo, impidió mayores celebraciones.

En julio de 1923, con presencia de Leguía y ceremonia multitudinaria, se inauguró el primer Estadio Nacional de fútbol, con pista olímpica, en Santa Beatriz. La primera piedra se había colocado en julio de 1921. Obsequiado por la colonia inglesa, fue de gran impulso para que este juego se convirtiera en el deporte nacional. Las graderías de segunda clase estaban construidas en madera, con una tribuna principal con base de ladrillo. Este *stadium* ocupaba el lugar del actual Estadio Nacional.



El Museo de Arte Italiano, obsequio de dicha colonia, fue ubicado en el Parque Neptuno. De estilo neoclásico, su diseño estuvo a cargo del arquitecto milanés Gaetano Moretti. La entrega oficial del museo y su colección tuvo lugar el 11 de noviembre de 1923. La primera piedra había sido colocada en el Centenario anterior, el 30 de julio de 1921.

El regalo incluía una valiosa colección de 200 obras, entre pinturas, esculturas, piezas de cerámica, dibujos y grabados: un hecho significativo para la vida artística del país. Es un edificio neoclásico, perfectamente simétrico, sólido, contundente, rico en ornamentos, pero sin llegar a lo profuso y recargado. Un volumen cerrado, plano por los dos frentes alargados y fachadas laterales curvas. Por sus características y por las obras que guardaba, se le llamó “cofre artístico”.⁹

La fuente monumental de agua, ubicada en el Parque de la Exposición, fue obsequio de la colonia china. Diseño de Gaetano Moretti, la realización de las esculturas estuvo a cargo de Giuseppe Graziosi y Valmore Gemignani; fue inaugurada el 27 de julio de 1924. Labrada en bronce y mármol de Carrara, la fuente monumental pretende mostrar la unión de las razas. El río Amarillo está representado en bronce por una figura femenina y el río Amazonas por una masculina. El conjunto está coronado por el grupo escultórico en mármol que representa “La Humanidad”, con personajes que identifican las distintas partes del mundo.¹⁰

Más pequeño, pero no menos valioso, fue el obsequio de la colonia belga: una escultura al trabajador, al anhelo de progreso, a la dignidad



Tuvo varios propietarios hasta que es adquirida por el Estado en 1921 y convertida en museo. Ésta y otras inauguraciones aparecen en *Mundial. Revista Semanal Ilustrada* (1921b).

9 La colección de este museo es una muestra del arte italiano de las primeras décadas del siglo xx. Tiene obras muy recientes a la fecha de su inauguración. Sin embargo, es notoria la ausencia de artistas de vanguardia, específicamente del futurismo. Entre el centenar de artistas escogidos, de muchas regiones italianas, el gusto de quienes las adquirieron se inclinó hacia lo académico, con algunas muestras de ruptura impresionista.

10 Las obras fueron dirigidas por Mario Vannini, escultor de Bellas Artes, quien dispuso los bloques de mármol y las estatuas

Figura 9:
Fuente monumental de agua. Parque de la Exposición. Gaetano Moretti. 1924.

Figura 10:
Fuente monumental de agua. Detalle. “La Humanidad”.



Figura 11:
Monumento "El estibador". Constantin Meunier. 1921.

Figura 12:
Monumento a George Washington. 1922.

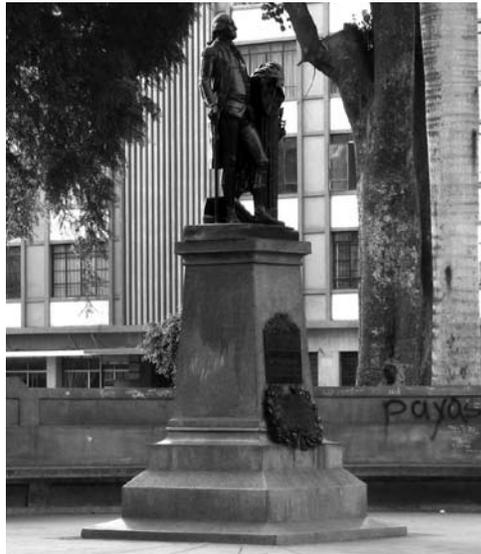


Figura 13:
Tres figuras. Avenida Arequipa. G. Whitney. 1924.



de bronce. La obra fue construida en Italia, en los talleres de Marino Revecchi (Otero, 1924, p. 291-294). Del mismo autor ver: *Apuntaciones de Arte. Fuente monumental concluida* (1924, p. 809).

11 La Plaza de la Libertad era de forma circular, en el fundo Balconcillo, que hacia 1930 se llamaba Plaza Méjico. Posteriormente la escultura se ubicó en la Plaza Francia, plaza asociada a La Recoleta.

del trabajo manual. Obra de Constantin Meunier. Este escultor fue considerado artista del proletariado, habiendo tenido origen obrero; su trabajo tiene ciertas referencias a Rodin. Esta escultura, llamada "El estibador" –o "El cargador"–, fue ubicada en la primera cuadra de la Avenida Leguía, dentro de una pequeña plaza llamada Bélgica. La postura del personaje, ladeado y ligeramente desafiante, hace que la pieza sea excepcional. Fue inaugurada el 28 de julio de 1921.

En la nueva zona de Santa Beatriz, la colonia norteamericana obsequió el Monumento a George Washington, en el parque del mismo nombre, en la cuadra 5 de la Avenida Leguía. Reproduce una célebre estatua que está en Virginia y tiene base de granito. Fue inaugurado el 4 de julio de 1922.

Muy cerca vino a sumarse la fuente de tres figuras masculinas desnudas, una versión alternativa a la acostumbrada de las Tres Gracias. Fue realizada en bronce por la escultora norteamericana Gertrude Whitney y ubicada en la berma central de la Avenida Leguía, a la misma altura del anterior. Fue inaugurada el 6 de agosto de 1924. Ambas esculturas están próximas a la embajada de los Estados Unidos.

En realidad, las primeras cuadras de la Avenida Leguía quisieron reflejar la influencia norteamericana. Así lo describen textos de la época: una zona de chalets, con un estilo más bien "californiano", entendido entonces como casas separadas unas de otras, con retiros y áreas verdes generosas. No es casualidad que allí, en este suburbio "norteamericano", se ubique la embajada y la figura de Washington. Eso no excluye que residencias de la zona opten por el neocolonial, con notables ejemplos que a su vez alternan con otras construidas en estilos diversos.

La colonia francesa regaló un personaje femenino con el brazo levantado sosteniendo una antorcha –la Estatua de la Libertad es también la figura que simboliza la Revolución Francesa–. Es obra del escultor francés Bertillon, inaugurada en 1926, en la Plaza de la Libertad.¹¹

La estatua de Manco Cápac, obsequio de la colonia japonesa ubicado en la plaza principal del distrito de La Victoria, hacía alusión al posible origen asiático de los peruanos. Fue realizada en bronce con pedestal de granito, de 13 metros de alto, e inaugurada el 4 de abril de 1926. La imponente obra fue realizada por David Lozano. En la base aparecen bajorrelieves que representan

escenas del Tahuantinsuyo. Esta obra tenía el guiño preciso de introducir en la escultura pública de Lima un personaje de la historia inca. Un intento por captar –o por lo menos calmar– los embates del indigenismo radical de los años veinte.

La ciudad se regala a sí misma

Aparte de todas las esculturas que fueron donadas por las colonias extranjeras, el gobierno de Leguía sumó varias en la ciudad de Lima. Por ejemplo, se ubicó frente al Ministerio de Fomento y Obras Públicas la estatua de bronce de Mateo Paz Soldán, sobre un pedestal indigenista –o neoinca–. El monumento de bronce y el pedestal de piedra, ubicados actualmente dentro del Parque de la Exposición, son obra del escultor Ismael Pozo.

En el Parque Neptuno se repone el monumento a Candamo. El primer monumento había sido de mármol y, curiosamente, luego de ser dinamitado, había quedado una silla solitaria durante algo más de catorce años. Inaugurado en 1912, en el primer gobierno de Leguía, había sido patrocinado por el Partido Civilista. En 1927 se ejecuta la actual estatua de bronce, también de pie y ya sin sillón presidencial. La estatua es de Artemio Ocaña y el pedestal de mármol sigue siendo el original del escultor francés Mercier.

En el mismo parque se realiza la estatua de Juana Alarco de Dammert, obra de David Lozano, inaugurada el 31 de diciembre de 1922.

También, las tres esculturas ubicadas en el nuevo Parque Universitario. La escultura en mármol de Hipólito Unanue y la escultura en bronce de Bartolomé Herrera representan sentados a ambos escritores, catedráticos y próceres de la Independencia. Son obras de Piqueras Cotoí, la primera, y de José Domingo, la segunda, de 1921 y 1922 respectivamente. La estatua de Sebastián Llorente, de pie, corresponde también a la época; un reconocimiento del gobierno peruano a un ilustre miembro de la colonia española. Es obra de Luis Agurto y fue inaugurada en 1924.

De Agurto es también el Monumento a los Caídos, el Soldado Desconocido, inaugurado en el Morro Solar de Chorrillos en julio de 1922.

El monumento a Pethit Thouars, obra del escultor peruano Artemio Ocaña, se inauguró el 9 de diciembre de 1924.

Ese tipo de esculturas en espacios públicos, enlazadas a la tradición europea, se asociaba a



Figura 14:
Monumento a Mateo Paz Soldán. Ismael Pozo.



Figura 15:
Monumento a Candamo. Artemio Ocaña. 1927.



Figura 16:
Monumento a Juana Alarco de Dammert. David Lozano. 1922.

12 Ver: *El Nuevo Gran Salón del Palacio de Gobierno* (1925, p. 26, 27).

una idea de belleza ligada al progreso: de ciudad digna y próspera preocupada por el arte. De allí el empeño en dotar a Lima de esculturas que las colocaran al nivel de una ciudad sudamericana desarrollada.

El conjunto de obras, siguiendo los criterios de composición de aquellos tiempos, tiene un promedio bastante alto, como no siempre se han dado las cosas en Lima. Los gestos, el movimiento, la proporción y la escala, en cada una de ellas, las convierten en buenos ejemplos de esculturas públicas. Los artistas de entonces, peruanos y



Figura 17:
Monumento a Hipólito Unanue. Manuel Piqueras Cotoí. 1921.

Figura 18:
Monumento a Pethit Thouars. Artemio Ocaña. 1924.



extranjeros, demostraron poder realizar correctamente los encargos que recibían. Los monumentos realizados en el Oncenio se suman al arte urbano del siglo XIX y principios del XX: en este caso, recreando una gran diversidad de temas y cierta apertura en cuanto a tendencias.

1924: Lima es otra fiesta

Luego de haber construido el salón provisional en el Palacio de Gobierno en 1921, Piqueras Cotoí dirige y realiza, con mayor calma y tiempo, otro proyecto de salón para las celebraciones del Centenario de la Batalla de Ayacucho de 1924.¹² Allí convocó a sus alumnos más cercanos, como eran Elena Izcue, Jorge Vinatea Reinoso y Wenceslao Hinostroza, entre otros. Este gran salón, de 1.200 metros cuadrados, sirvió como escenario de varios eventos durante ese año y permaneció hasta la demolición de dicho palacio. La reconstrucción total del edificio fue proyecto de Ricardo de la Jaxa Malachowski, que fue el sucesor de Claude Sahut en los planos –y los planes– de este edificio.

A su vez, Piqueras Cotoí viaja a Sevilla a construir el Pabellón Peruano de la Exposición Iberoamericana de 1929 y al regresar encuentra derrocado el gobierno de Leguía. Piqueras habría tenido el encargo de diseñar un nuevo Palacio de Gobierno –lo dice él mismo en una entrevista de 1927– y el Pabellón Peruano que logró construir para dicha exposición en Sevilla “apenas” era un ensayo de lo que pretendía hacer en Lima (Wuffarden, 2003, p. 253-254). Pero el gobierno cambió y ese Palacio, que hubiera tenido mucho de fusión mestiza, nunca se hizo. Un proyecto, en la fórmula neoperuana, que quedó como uno más de los sueños inconclusos del leguismo.

En torno al Segundo Centenario

Las fiestas de 1924 fueron incluso más suntuosas que las realizadas en 1921, así como la cantidad de obras inauguradas. Seguramente eso estaba en directa relación con el mayor control de la situación que para entonces tenía el presidente. Leguía fue reelegido entre los días 6 y 7 de julio, para el período 1924-1929. Algunos se apresuraron a declarar 1924 como el “Año de Oro del siglo XX”, en lo que respecta a la ciudad de Lima.

Vinieron misiones extranjeras de más de treinta países y estuvieron, entre otros, el presidente de Bolivia Juan Bautista Saavedra, el

general norteamericano John Pershing y el poeta argentino Leopoldo Lugones.

Abundaron los discursos. En el local del Ministerio de Fomento se inauguró la Exposición Nacional del Centenario, una exposición agrícola, minera e industrial. Entre tantos eventos, el poeta José Santos Chocano –no podía ser otro– recitaría sus exuberantes versos.

El domingo 10 de agosto de 1924, con presencia de Leguía, se recordó en Lima, en la Plaza Bolívar, la batalla de Junín. El 6 de agosto, fecha de dicha batalla, se había celebrado una ceremonia en la pampa de Junín. Así también se celebró en diciembre, en Ayacucho y Quinua, la gran batalla de Sucre.

El Hotel Bolívar fue el primer gran hotel de la ciudad. Lima esperaba una considerable cantidad de invitados. Había ya empezado el año de 1924 y decidió darse un impulso muy grande a la incipiente obra que allí se encontraba, empezada por Piqueras Cotolí. El proyecto le fue entregado a Rafael Marquina y se construyó rápidamente, en seis meses, financiado por los hermanos Augusto y Fernando Wiese.¹³ Sobre el terreno que en la celebración anterior ocupara el Palacio de Cartón, en la Plaza San Martín, se inauguró el 9 de diciembre de 1924 este nuevo hotel que tuvo en principio tres pisos. Era una reinterpretación del estilo neocolonial y debió llamarse Ayacucho, pero se optó por el nombre de Bolívar para que quedara unido al monumento y a la plaza de San Martín. Numerosas habitaciones, salones, comedores, terrazas, mucho lujo en sus muebles y enseres. Se convirtió en el centro social más importante de los limeños, que ya no se reunían en salones particulares: para eso estaba el Bolívar, estratégicamente ubicado.

Pero no fue ésta la única inauguración. En esos días del mes de diciembre de 1924 se abrieron importantes edificios en la ciudad. Entre ellos, el 8 de diciembre, el nuevo Palacio Arzobispal, en la Plaza de Armas, dándose fin a una construcción que venía de 1917. Comparten la autoría Sahut y Malachowski.¹⁴

El 10 de diciembre se inaugura el Panteón de los Próceres. El interior de la Iglesia de San Carlos, de origen colonial y perteneciente a la Casona de San Marcos, fue reformado para albergar nuevas criptas. En el interior de la iglesia, a ambos lados, se erigieron monumentos a San Martín y Bolívar. Muchas esculturas más vinieron a acompañarlos. El sótano, que desde entonces



Figura 19:
Hotel Bolívar. Rafael Marquina. 1924.



Figura 20:
Palacio Arzobispal. Claude Sahut. Ricardo de la Jaxa Malachowski. 1917-1924.

guarda los restos de próceres de la Independencia, lleva la firma de Claude Sahut.¹⁵ Esta es una mezcla de arcos adornados con mosaicos y vanos trapezoidales. Una abertura circular en el piso de la iglesia la relaciona visualmente con la antigua cúpula que fue nuevamente pintada por José Sabogal.

El 11 de diciembre se adelantó la inauguración del Hospital Arzobispo Loayza, en la Avenida Alfonso Ugarte, promovido por Augusto Pérez Araníbar, con diseño de Rafael Marquina.¹⁶

En 1924, el Estado termina de comprar la huerta que rodeaba la Quinta de los Libertadores, en La Magdalena, propiedad adquirida tres años

13 Ver: "El Gran Hotel Bolívar" (1924, p. 13) y "La construcción del Hotel Bolívar. Trabajaron diariamente cerca de 600 hombres" (1924, p. 18).

14 Ver: "El Palacio Arzobispal" (1924, p. 26) y "El Palacio Arzobispal" (1925, p. 36).

15 El centro de la cripta lo ocupa el Mariscal Ramón Castilla, presidente del Perú, que participó de joven en la Batalla de Ayacucho.

16 Ver: "El Hospital Arzobispo Loayza. Un proyecto formulado hace 22 años, a punto de concluirse totalmente" (1925, p. 30-32).



Figura 21:
Museo. Avenida Alfonso Ugarte (hoy Museo de la Cultura Peruana). Ricardo de la Jaxa Malachowski. 1924.

Figura 22:
Monumento a Antonio José de Sucre. David Lozano. 1924.



antes. La huerta es talada casi en su totalidad y allí se construye el nuevo edificio del Museo Nacional. Además, se remodelaron los ambientes de la antigua Quinta de los Libertadores: la casa en la que vivieron los próceres de la Independencia ya se había convertido en Museo Bolivariano en 1921. En 1924 se sumó un nuevo edificio al costado y en la parte posterior, diseñado y construido por Raúl María Pereira. La ampliación implicaba una gran obra, de estilo neocolonial, con patios y arquerías, para la exposición de valiosas colecciones. Un edificio de adobe, madera y concreto, con tres claustros, rotonda y amplias habitaciones (“La construcción del Museo Bolivariano en la Magdalena Vieja”, 1924, p. 35). Se iniciaron las obras en julio y en cinco meses, el 16 de diciembre, logró inaugurarse el Museo de La Magdalena – Museo Nacional de Historia –, con valiosas piezas prehispánicas. El Museo Bolivariano se integró al nuevo

Museo de Historia de La Magdalena. Además se configuró, al frente de ambos, lo que es la actual Plaza Bolívar de Pueblo Libre y un trabajo en la composición de la fachada que los unía.

El Museo de la Avenida Alfonso Ugarte, construido por iniciativa de Víctor Larco Herrera, en clave indigenista por Malachowski, fue adquirido por el Estado al hacendado azucarero. Durante estas fechas de 1924 abrió sus puertas con el nombre de Museo Arqueológico.

Pero faltaba un monumento en Lima a un héroe fundamental de la Independencia: el Mariscal Antonio José de Sucre. Y merecía una estatua ecuestre, con pedestal de granito. El monumento fue esculpido por David Lozano y mide diez metros de alto. El Mariscal de Ayacucho aparece cabalgando con el brazo en alto y la espada levantada. La base tiene ornamentos de tipo indigenista, con inscripciones de la nación argentina y el ejército venezolano. Se ubicó en una plaza al lado del Parque de la Reserva. Como en muchas otras inauguraciones, el 9 de diciembre de 1924 estuvieron juntos los presidentes Leguía y Saavedra.¹⁷

Además, Emilio Harth-terré construye el “Parque Ayacucho” en la Plaza de Armas, sobre el edificio no utilizado de la Municipalidad, incendiado en 1920. Se trataba de una construcción efímera apoyada sobre los portales de piedra que aún existían, un gran parque de atracciones y espectáculos, hecho para el aniversario de ese año, y que las fotos muestran generosamente iluminado. Desde principios de la década del veinte, la Municipalidad se instaló provisionalmente en el Palacio de la Exposición. Algunos tuvieron la idea de construir en dicho parque un nuevo palacio. Lo cierto es que la situación del local municipal en la Plaza de Armas, para las fiestas del 24, tuvo que resolverse con esta construcción que le diera uso y resolviera una situación poco decorosa en plena Plaza Mayor.¹⁸

Las celebraciones del 24 incluyeron bailes, banquetes, condecoraciones, carreras de caballos, funciones de teatro y veladas artísticas, prolongándose durante varios días. La gran parada militar y el desfile de honor tuvieron lugar el 16 de diciembre de 1924, en el hipódromo de Santa Beatriz.

La iluminación de los espacios urbanos y de los edificios públicos fue cada vez mejor. Se logró espectacularidad y dramatismo en cada uno de los efectos luminosos: la compañía “Todo Eléctrico”, con un nombre tan significativo, lleva-

¹⁷ Existió, también de 1924, un proyecto de representar al Mariscal Sucre desnudo, sugere propuesta del escultor Ocaña (*Varietades*, 1924). De la misma manera como J. Vinatea Reynoso retratará a Bolívar, acompañado de mujeres, en una secuencia de acuarelas sobre “Las grandes etapas de nuestra historia”. La última de ellas trataba de manera alegórica el tema de “la República” (*Mundial*, 1924).

¹⁸ Información de este gran lugar de espectáculos y atracciones en: *Ciudad y Campo* (1924).

ba los deseos a la realidad. Durante ese año se incluyeron, además, rutilantes arcos de triunfo celebrando la reelección presidencial.

Las obras que transformaron Lima

La lista de edificios públicos construidos en el gobierno de Leguía es muy larga. A todas las obras, cuyas inauguraciones han sido mencionadas, hay que agregar otras más. Se construyó el Ministerio de Fomento y Obras Públicas, desde donde se planificaron muchas de las obras a las que nos referimos. El Banco Central de Reserva, el Mercado Modelo, se terminó el Palacio Legislativo, se ensanchó el Correo Central construyéndose el estupendo Pasaje Carmen, se empezó el Palacio de Justicia, se transformó la fachada de la Escuela Nacional de Bellas Artes, se construyeron los portales de la Plaza San Martín.

También se emprendieron obras sociales como el Hospital del Niño, el Puericultorio Pérez Aranibar, el Instituto Nacional del Cáncer, estas últimas alrededor de 1924.

La inversión privada también construyó edificios importantes, como locales escolares, instituciones bancarias, compañías de seguros, empresas comerciales e industriales, teatros y cinemas, edificios residenciales. Siguiendo la pauta de los edificios públicos, en cuanto a estilos y materiales, se hicieron importantes construcciones particulares. Por ejemplo, durante estos años se llevaron a cabo los edificios que le dan unidad y prestancia a la Plaza Dos de Mayo, y el edificio de la Compañía de Seguros Rímac que cierra muy bien el Paseo de los Héroes. Ambas son obras arquitectónicas que buscan un gran impacto urbano, en los términos espaciales y cánones estéticos del París decimonónico.

Otras obras particulares fueron la Casa Oeschle, en plena Plaza de Armas, el Teatro Forero, luego Teatro Municipal, el Club Nacional, la Sociedad de Ingenieros. A su vez, el Colegio Antonio Raimondi, el Colegio Villa María, el Colegio La Salle, el Lima High School. También el Banco Popular, el Banco Anglo Sudamericano, el Banco Italiano que, junto a otros bancos, constituían el nuevo "centro financiero" de la capital. Importante y ambicioso fue el edificio de la Compañía Gilde-meister, "alemán y moderno", de líneas verticales. El Country Club de San Isidro se convirtió, con el Hotel Bolívar, en lo más elegante de la ciudad: uno en el centro y el otro en los suburbios.



Figura 23:
*Ministerio de Fomento y
Obras Públicas. Vista al
Parque de la Exposición.*



Figura 24:
*Correo Central. Fachada
del Pasaje Carmen.*

En las primeras cuadras de la Avenida Leguía se construyeron las embajadas de Argentina y Venezuela, siendo la primera una importante obra neocolonial del arquitecto argentino Martín Noel. Un poco más allá, como obra del gobierno, se edificó el Museo de la Breña, la que actualmente es la Sociedad de Fundadores de la Independencia, que en su fachada perenniza la imagen de Leguía condecorando al Mariscal Cáceres. La Embajada de España, en Barranco, sería un obsequio del régimen como local de la delegación española.

Algunas calles y edificios llevaron los nombres de familiares de Leguía o nombres vinculados a su régimen. En todos los actos hubo una constante exaltación del caudillo. Después de tantas obras, Leguía y su corte no pudieron evitar la tentación de hacer un monumento para el propio presidente. Una escultura, con el personaje de pie, se levantó en un barrio popular como La

Figura 25:
Hotel Country Club. San
Isidro. 1929.



Figura 26:
Embajada de Argentina.
Avenida Arequipa.
Martín Noel. 1927.



Figura 27:
Museo de la Breña. Hoy:
Sociedad de Fundadores
de la Independencia.
Avenida Arequipa.



Figura 28:
Embajada de Venezuela.
Avenida Arequipa.



Victoria, en 1924, obra de David Lozano. Podía decirse que 1924, incluida la reelección a la que se presentó como candidato único, había sido un año completo. Leguía se había transformado en algo muy parecido a un dictador y manejaba cada vez mejor los hilos de la política.

Final: La fiesta terminó

Las fastuosas celebraciones sirvieron para realzar el prestigio de Leguía en el exterior y consolidar su gobierno en el interior.

Fue la década del veinte una de las más intensas. Durante el gobierno de Leguía la ciudad de Lima y la sociedad peruana fueron transformándose hacia una forma de modernidad que en el Perú termina siendo siempre un concepto incompleto y no cerrado. Imposible negarle al gobierno de Leguía los cambios que generó en el país, siendo Lima la más beneficiada. Y en medio de ese “progreso urbano”, el balance que deja el Oncenio en áreas libres y zonas verdes es bastante positivo. La Lima de los años veinte es una ciudad preocupada en el espacio público, los árboles y el arte urbano.

Jorge Basadre ha señalado cuatro etapas en el Oncenio de Leguía: de fascinación, de lucha, de apoteosis y de ocaso. Las fiestas del Centenario corresponden a la segunda etapa, la de la lucha

(1920-25), época en la que tuvo que convencer y doblegar a sus adversarios, y al despliegue de su gobierno. Los años de apoteosis, hasta 1929, estaban en relación con lo que había podido mostrar durante las celebraciones: esperanza y crecimiento. Pese a ello, el ocaso de los años 29 y 30 sería inevitable.¹⁹

De todos modos, este país sudamericano, que había conocido un existir tan venido a menos, pese a su pasado de leyenda, tuvo durante algunos años una ilusión de progreso acelerado. En el banquete que le ofreció la Embajada de Colombia el 30 de diciembre de 1924, Leguía dijo, entre otras cosas: “Si yo pudiera sintetizar en una fórmula mi programa político, diría que simultáneamente he procurado definir las fronteras del Perú, desarrollar su riqueza y aumentar el optimismo de su raza”. Habría que preguntar si él mismo creía en lo que hablaba y en lo que hacía. Sus adversarios lo negaron (Basadre, 2005, p. 284).

La nueva reelección en 1929 de un presidente ya enfermo y la crisis económica internacional acrecentaron el descontento y la caída de su gobierno. El Perú de entonces era un exportador de materias primas y el comprador más grande se derrumbó: la gran depresión norteamericana del 29 arrastró a Leguía a la desgracia. El final de su régimen, en agosto de 1930, fue con saqueos,

¹⁹ En 1930 se constituyó la primera Sociedad de Arquitectos del Perú, de corta duración. Se eligió como presidente al mismo Leguía y de vicepresidente a Ricardo de la Jaxa Malachowski. Una sociedad así, tan identificada con el poder político, no pudo sobrevivir a la caída del régimen que había querido adular. Sólo en un clima como el del Oncenio puede entenderse un hecho tan insólito como el de convertir al dictador, ajeno a la profesión, en presidente de los arquitectos. El ejemplo es, por demás, tremendamente significativo para entender el ambiente que aún se respiraba en aquella época. Una nueva Sociedad de Arquitectos, la definitiva, se fundaría en 1937.

persecuciones y muerte. Leguía trató de embarcarse, pero fue detenido. Tras catorce meses preso en una celda, salió de allí solo para ir a morir custodiado en un hospital, a los 69 años.

Luis Miguel Sánchez Cerro, el militar que derrocó a Leguía, hizo cambiar como represalia política el nombre de la Avenida Leguía por el de Arequipa, recordando el inicio de su sublevación.²⁰ Uno de tantos actos encaminados a no reconocer méritos a todo lo realizado durante once largos años. Demasiado largos, es cierto, pero que permitieron que Lima y el Perú ingresaran de una buena vez al siglo xx.

Se cerraba para el país una época de cambios y progreso, de despilfarro y esplendor. Oscuro y triste final, si se piensa que fue Leguía, paradójicamente, el presidente de la luz eléctrica y los fuegos artificiales.

Referencias

- Alexander, A. (1927, octubre). "Lima. Su crecimiento urbano y su población a través del tiempo". En: *Ciudad y Campo*, 34.
- Basadre Grohmann, J. (2005). "El Oncenio (1919-1930)". En: *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Tomo 14, Séptimo Período. Lima: Empresa Editora El Comercio.
- Burga, M. y Flores Galindo, A. (1982). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Editorial Rikchay Perú.
- Ciudad y Campo* (Octubre, 1924), 3.
- Ciudad y Campo* (Octubre, 1926), 22.
- Ciudad y Campo* (Abril, 1927), 28.
- Ciudad y Campo* (1929), 45.
- "El Gran Hotel Bolívar" (1924, julio). En: *Ciudad y Campo*, 1.
- "El Hospital Arzobispo Loayza. Un proyecto formulado hace 22 años, a punto de concluirse totalmente" (1925, enero). En: *Ciudad y Campo*, 4.
- "El Nuevo Gran Salón del Palacio de Gobierno" (1925, enero). En: *Ciudad y Campo*, 4.
- "El Palacio Arzobispal" (1924, julio). En: *Ciudad y Campo*, 1.
- "El Palacio Arzobispal" (1925, enero). En: *Ciudad y Campo*, 4.
- Gutiérrez, R. (1979). *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*. Madrid: Cátedra.
- "La construcción del Hotel Bolívar. Trabajan diariamente cerca de 600 hombres" (1924, agosto/septiembre). En: *Ciudad y Campo*, 2.
- "La construcción del Museo Bolivariano en la Magdalena Vieja" (1924, agosto/septiembre). En: *Ciudad y Campo*, 2.
- Ludeña, W. (2002, mayo). "Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal". En: *Revista Eure*, 83, Vol. xxviii.
- Martín-Pastor, E. (1938). "La vieja casa de Pizarro". En: Ministerio de Fomento y Obras Públicas del Perú. *De la vieja casa de Pizarro al nuevo Palacio de Gobierno*. Lima.
- Mundial. Revista Semanal Ilustrada* (1921, 28 de julio). Número Extraordinario.
- Mundial. Revista Semanal Ilustrada* (1921a, agosto). Suplemento a la Edición del Centenario.
- Mundial. Revista Semanal Ilustrada* (1921b, agosto). Segundo Suplemento a la Edición del Centenario.
- Mundial. Revista Semanal Ilustrada* (1924, 9 de diciembre). Número extraordinario.
- Otero, J. G. (1924, febrero). "Apuntaciones de Arte". En: *Variedades*, 831, Año xx.
- Otero, J. G. (1924, febrero). "Apuntaciones de Arte. Fuente monumental concluida". En: *Variedades*, 839, Año xx.
- Rodríguez Cobos, L. (1983). *Arquitectura limeña. Paisajes de una utopía*. Lima: Fondo Editorial Colegio de Arquitectos del Perú.
- Variedades* (1924, 2 de febrero), 831, Año xx.
- Wuffarden, L. E. (ed.) (2003). *Manuel Piqueras Cotoli (1885-1937). Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*. Lima: Museo de Arte de Lima.

20 Este momento dramático de la vida nacional marca el ingreso a la política de partidos populares. La agrupación de Sánchez Cerro, la Unión Revolucionaria, era un partido de masas, con características de extrema derecha, una mezcla de militarismo y catolicismo. Mientras, los sectores más conservadores y tradicionales, esperaban que el capitalismo se recompusiera de su "crisis de crecimiento". El comunismo creyó que el momento del partido único del proletariado había llegado. La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) trató de conformar un partido de clase media industrializada, que incluyera trabajadores, obreros y empleados, junto con intelectuales y profesionales. En 1931 se enfrentan en elecciones Sánchez Cerro y Haya de la Torre. Gana el primero, que no tardó en combatir sangrientamente a los apristas y a los comunistas. 1932 será recordado como el Año de la Barbarie. Al siguiente año, Sánchez Cerro muere asesinado. Toma el poder el General Óscar Benavides.



Lima: capital de la Patria Nueva

El doble Centenario de la Independencia en el Perú

(págs. 256-273)



Elio Martuccelli Casanova. Arquitecto, Universidad Ricardo Palma, Lima. Doctor en Teoría e Historia de la Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid. Profesor en la Universidad Ricardo Palma, en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas y en la Sección de Posgrado y Segunda Especialización de la Universidad Nacional de Ingeniería. Editor de la Revista *Arquitectos* y autor del libro *Arquitectura para una ciudad fragmentada. Ideas, proyectos y edificios en la Lima del siglo XX.*

Recepción

17 de mayo de 2006

Evaluación

29 de agosto de 2006

Aceptación

4 de septiembre de 2006

Correspondencia

emartuccelli@terra.com.pe

Resumen

Las fiestas del Centenario de la Independencia en el Perú significaron, especialmente para la ciudad de Lima, la oportunidad de generar una serie de cambios, entre 1921 y 1924.

Nuevas avenidas, plazas y parques vinieron a transformar la estructura de la ciudad. El proyecto modernizador del Oncenio de Leguía se dedicó con especial énfasis a mejorar las condiciones de higiene, transporte y servicios públicos.

A la par se daba una gran especulación inmobiliaria, con una fuerte tendencia a la urbanización de terrenos agrícolas. La ciudad se expandió como no lo había hecho antes, ocupando zonas del sur: frente a una Lima “antigua”, otra “moderna” se desarrollaba. Una gran cantidad de lotes sirvieron de terreno para nuevas casas. La arquitectura de los sectores acomodados se manifestó de manera muy variada, expresando gustos exóticos por el pasado remoto o realidades lejanas.

Algo más: la escultura pública se volvió especialmente importante en la imagen de una ciudad que quería estar entre las grandes capitales de América.

Las fiestas del Centenario dejaron una ciudad en proceso de crecimiento. El poder había mostrado voluntad en producir cambios importantes y en mejorar y adornar la ciudad: estaba naciendo una capital con nuevos deseos y pretensiones.

El éxito de las fiestas dejó, además, un gobierno fortalecido y consolidado que duraría varios años más, hasta caer en la

desgracia. La modernización de la ciudad, no la modernidad y menos aún la del país, una vez más sería incompleta.

Palabras clave

Lima (Perú), historia, centenario, urbanismo, arquitectura, monumentos conmemorativos.

Lima, capital of the new homeland: the double independence centennial in Peru

Abstract

The celebration of the Centennial Anniversary of Independence in Peru meant, especially to the City of Lima, the opportunity to generate a series of changes, between 1921 and 1924.

New avenues, squares and parks began to transform the structure of the city. The modernistic project of the “Oncenio de Leguía” government was dedicated with special emphasis, to improve the condition of hygiene, transport and public services.

At the same time, it gave a great speculation in properties, with a strong tendency to the housing developments of agricultural lands. The city had been expanded like it had never been done before, taking up the south zones: in front of an “antique” Lima another “modern” had been developed. Great quantities of lands were used to build new houses. The architecture of rich sectors had been manifested in a very varied way, expressing exotic tastes for the remote past or distant realities.

Something else: the public sculpture became especially important for the city image that wanted to be among the great capitals of America.

The celebrations of centennial left a city in a process of growth. The power had shown will in producing important changes, and in improving, decorating and converting the city: a capital with new wishes and pretensions was being born.

The success of the celebrations also left a strengthened and consolidated government that would last several years more, until it fell into disgrace. The modernization of the city, not the modernity and less yet the modernity of the country, once again would be incomplete.

Key Words

Lima (Perú), history, centenaries, city planning, architecture, commemorative monuments.